



ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

EDUCACION.

EL VALOR DE LOS ADORNOS.

Ademas de las pasiones que dominan el corazon de la mujer, y que le son comunes con el hombre, hay una que le es peculiar, y que si no es moderada por la razon, influye á veces desgraciadamente en el destino de las familias. Queremos hablar del demasiado aprecio que hace de sus atavíos.

Esta aficion, este deseo de engalanarse son no solo instintivos en la mujer, sino que todo cuanto la rodea tiende á fomentarlos.

La mujer tiene naturalmente un gusto especial hácia todo lo que es hermoso, brillante y rico, y este gusto, preciso es confesarlo, contribuye notablemente al progreso de la industria y de las artes. Esta inclinacion á lo bello no se limita á los diamantes, los trajes y los adornos, sino que se estiende á la parte intelectual: la mujer se complace con las galas del buen lenguaje, goza con las ilusio-

nes de la poesía, estimulando con su aprobacion á los que cultivan las ciencias, y así es que los verdaderos poetas en todo género, ya sean literatos, músicos ó pintores, solo trabajan para la mujer. Su génio no seria inspirado sino esperase el galardón de tributarla el homenaje de sus composiciones, á manera de los guerreros de la edad media, que solo combatian para recibir de su dama la corona de sus victorias.

La mujer lo recibe todo del hombre, á quien todo le parece poco para darla, porque la ama, y la ama porque la encuentra hermosa; por eso ella se adorna para parecerlo.

La mujer, bien puesta, no contempla sus atavíos meramente como medios de aumentar su belleza; los considera como un tributo pagado al legítimo imperio de sus gracias, del mismo modo que el soldado lleva con noble orgullo sus cruces y trofeos como emblema de sus triunfos. Semejante á la divinidad pagana, no se contenta con el incienso que se quema en sus altares:

necesita de ofrendas que atestiguen su poder.

Todo contribuye á exaltar en la mujer estas ideas, que llevadas al exceso, producen sin duda un desórden moral de que se resiente el buen juicio.

Enseñamos al hombre desde niño á dirigir su pensamiento hácia todo lo que es grande, útil y positivo; así es que la primera pregunta que se hace al ver un objeto cualquiera, es la de ¿para qué servirá esto?

Se muestra á una niña una tela rica, una piedra preciosa, un objeto desconocido, y lo primero que le ocurre es, ¿qué efecto hará esto? ¿para quién será?

Y esta pregunta es lógica, porque estos adornos son la única recompensa que la sociedad permite obtener á la mujer: la única gloria á que le deja aspirar; el único premio, la sola distincion que le ofrece desde la infancia. Si eres buena, se la dice, te regalaré un vestido: si aprendes tal cosa te daré un aderezo.

Y luego estrañamos que la mujer dé tanta importancia á estas bagatelas, cuando todas las circunstancias de su vida se determinan por un traje nuevo. Una amiga dá un baile—traje: una parienta se casa—traje: un tio se muere—traje. De modo que esta sucesion forma, por decirlo así, la época de sus recuerdos. Tal cosa sucedió cuando yo me hice mi

vestido de terciopelo: — la primera vez que le ví llevaba mi vestido azul.

Así es que el equipo de novia, que el futuro promete, entra por mucho en la eleccion de esposo, y lo que es peor, la hechura de un nuevo traje de luto amortigua por algunos momentos el dolor mas amargo.

Si á lo menos, ya que los adornos tengan tanta importancia en la vida de la mujer, fuesen la recompensa de la mas virtuosa, enhorabuena; pero regularmente sucede todo lo contrario. Las joyas, los ricos trajes, los bordados son el patrimonio de la cortesana, mientras la mujer bien nacida tiene que cercenar las necesidades de su casa para presentarse con decencia.

Convendria, pues, ya que las leyes suntuarias no sean propias de esta época, tratar sériamente de modificar las ideas de la mujer en este punto, inculcándole por medio de una buena educacion cuánto mas vale la opinion de mujer honrada que la de dama elegante, y que los adornos que no corresponden á la posicion social que ocupa una mujer, mas la degradan que la enaltecen; porque al presentarse en una reunion con galas cuyo coste esceden de la posibilidad de su fortuna, llama la atencion de las demas, que se preguntan de dónde le vendrá tanta riqueza, con suposiciones ofensivas á su decoro.

No es que nosotros pretendamos que la mujer lleve en la sociedad el

hábito de la reclusa: nada mas lejos de nuestro pensamiento. Queremos que vista segun su posicion; y al contemplar en el Teatro Real los lujosos adornos de una belleza, no calculamos su coste para motejar su despilfarro: al contrario, recordamos las manos que han intervenido en la confeccion de su rico traje, desde el labrador que cultiva la morera, hasta la modista que ha dado la última mano al vestido, y bendecimos á la Providencia, que se ha servido del capricho ó de la esplendidez de aquella mujer para dar pan á tantos desgraciados.

Miramos el aseo como condicion esencial en la mujer: el buen gusto en el vestir como complemento de buena educacion, y el deseo de parecer bien como cosa muy natural; pero creemos que la mujer de verdadero talento no ha de buscar en sus adornos lo que la ostente mas rica, sino lo que la presente mas bella, y que la mujer honrada no debe querer parecer hermosa sino al hombre que ama.

Por desgracia sucede que la mayor parte de las mujeres no se componen para su marido, ni aun para su novio: se atavian por un deseo vago, indefinible; porque en sus corazones hay, como en el Areópago de Atenas, un altar vacío dedicado al dios desconocido.

Hemos procurado demostrar que la mujer dá mas importancia que la que en sí tienen á ciertas cosas: otro

dia, si no nos recogen las licencias de redactor suplente, manifestaremos que se engañan tambien las mas veces sobre el verdadero mérito de los hombres.

AMADEO.

LITERATURA

À MI QUERIDA AMIGA

Natalia Boris de Ferrant.

El mundanal camino
Sembrado está de espinas,
Las almas peregrinas
No encuentran ni una flor.
Solo un oasis bello
Miran en lontananza
Que alienta su esperanza...
Natalia, es el amor!
Dios al mandar un alma
A la terrestre esfera,
La dá una compañera
Que alivie su pesar.
Enlaza bondadoso
De entrambas el destino,
Y apoyo en su camino
Se ofrecen á la par.
Si juntan dos arbustos
Su copa perfumada,
De tempestad airada
Resisten el furor.
Dos almas compañeras
Forman estrecho nudo,
Y es su cariño escudo
Contra el fatal dolor.
Tal vez nacieron ambas
Bajo distinto cielo,
Y gimen sin consuelo
En su primera edad.
Hallan do quier vacío,
Tristeza hallan do quiera;
Cada alma en vano espera
De su alma la mitad.

Mas llega al fin un día
 Que por sin par fortuna,
 A entrambas las aduna
 La mano del Creador.
 ¡Cuán tierno es el encuentro,
 De esas dos almas bellas!
 ¡Cuán dulces las querellas
 De su naciente amor!
 Ambas se reconocen;
 Palpitan de alegría:
 La tierra antes sombría
 Se trueca en un Eden.
 Solo preciadas flores
 Divisan ya sus ojos;
 ¿Qué importan los abrojos
 Si amor es su sosten?

Ya de la suerte infausta,
 Desprecian el quebranto,
 Porque es muy dulce el llanto.
 Si juntos lloran dos!
 ¿Qué importa que á la muerte
 Aquí todo sucumba,
 Si bajan á la tumba
 Del uno, el otro en pos?
 De hoy mas goces y penas
 Las dos almas queridas,
 Compartirán unidas
 En santa comunión.
 De un resplandor celeste
 Su vida se arrebola.
 Forman un alma sola
 Y un solo corazón!

Natalia, ¿acaso sabes
 Cuán dulce es ser amada,
 Y hallar una mirada
 Que nos comprenda fiel?
 ¿Si un premio dá la gloria
 A nuestro afán constante
 Saber que un sér amante
 Recoge ese laurel?

¿Si la calumnia horrible
 Empaña nuestro nombre,
 Saber que existe un hombre
 Que al mundo retará?
 Y oír una voz dulce
 Cual áura lisonjera
 Decirnos: ¡ay espera
 Te queda un mas allá...!
 ¿Sabes el goce inmenso

Que entonces siente el alma,
 Y la celeste calma
 Que invade nuestro sér?
 ¡Ay, un instante solo
 De dicha tan cumplida,
 Compensa de la vida
 El triste padecer!
 Amemos: el Eterno
 Formó nuestra existencia
 De su amorosa esencia,
 Nacimos para amar!
 Amor es iris bello
 Que el huracán conjura.
 Astro que en noche oscura
 Nos viene á iluminar.
 Ancora es salvadora
 Su sacrosanto nombre;
 Dios por amor al hombre
 El cáliz apuró.
 Adoran á la Virgen
 Los ángeles del cielo,
 Y reverente el suelo
 Al Dios que le engendró.

Las flores, los insectos,
 Las aves y la brisa,
 Con súplica sumisa
 Demuestran su inquietud.
 Vibra una nota sola
 De dicha en este suelo,
 Que nos revela un cielo
 Detrás del atahud!

Espinas y amarguras
 La vida solo ofrece,
 Feliz quien la embellece
 Con tan preciosa flor.
 Para que Dios en premio
 Nos dé su eterna palma,
 Que purifica el alma
 Un sacrosanto amor!

ANGELA GRASSI.

AGOSTO.

HISTORIA ANTIGUA, HISTORIA NATURAL
 É HIGIENE.

El mes de Agosto, á que llamaron primitivamente los Romanos *sextiles*, porque era

el sexto del año, se denominó despues Augusto por decreto del Senado, que deseaba perpetuar la memoria de los triunfos obtenidos por aquel Cónsul en esta época, en que redujo el Egipto á la obediencia del Imperio y terminó la guerra civil; pero el transcurso de los años ha viciado la palabra, y de Augusto hemos formado Agosto.

En este mes celebraban los Egipcios la fiesta de Nephitis, y los Griegos la de los Tabernáculos, que consistia en formar campamentos, y vivir durante seis dias en tiendas coronadas de ramaje.

La Fábula representa la constelacion que rige al sol en Agosto, bajo la forma de una jóven que lleva en las manos un haz de espigas; pero físicamente, el signo de *Virgo* se compone de 28 estrellas.

El mes de Agosto, cuyos calores en un principio suelen ser grandes, pero que disminuyen desde su segundo tercio en adelante, cambia casi repentinamente la faz de la tierra, verde y pintada dias antes; sin embargo este cambio, que á la simple vista parece desagradable, es el complemento de la obra de la naturaleza, y caracteriza la sazón de todos los frutos.

Los abrasadores rayos del sol han sustituido la alfombra de esmeralda por otra de oro; terminada la recolección de cereales, agostadas las yerbas, cubiertos los campos del árido rastrojo, y salpicados de espigas que desprecia el segador en la abundancia, se vé á la indigente espigadora recorrer lentamente la llanura y acumular uno á uno aquellos granos, cuya propiedad le disputan el gorrion y la hormiga, para satisfacer la necesidad de unos dias: este interesante cuadro, que tantas reflexiones nos sugiere si consideramos separadamente al hombre rico que amontona en sus graneros la cosecha, y al miserable que recoge lo que aquel desprecia en contraste con el ave y el insecto, este cuadro repito, cuyos vivos colores se reflejan en la existencia, le engalanan tan solo los variados matices de las frutas, que

yá maduras ofrecen un nuevo regalo al hombre: el afelpado melocoton, la amarillenta pera, la manzana y la ciruela sustituyen á la cereza, la fresa y el albaricoque.

Las alteraciones atmosféricas que se observan en este mes, el abuso de los baños y las frutas, ejercen una marcada influencia en la higiene; por lo tanto será prudente elegir aquellas sazónadas, en particular para los niños, suspender los baños antes de que el tiempo refresque, y evitar el tomar la humedad de las noches en los últimos dias del mes, particularmente junto á los rios, pues se contraen fácilmente calenturas que suelen ser de mal carácter.

Sin embargo, en el mes de Agosto es cuando menos precauciones se toman para la salud, pues siendo la época de mas animación en el campo, y en la que los bailes, las meriendas y los paseos preocupan todavía á los que emigraron de las ciudades, parecen ansiosos de aprovechar el corto tiempo que les resta de calor, cuya repentina desaparición hará volver al hombre de negocios á su bufete, y obligará á la hija de familia á cambiar el sombrerillo de pastera y los cuidados de jardinera por los ricos prendidos, las selectas partituras y los primorosos bordados: volvereis todas á la ciudad, hermosas niñas, para reanudar amistades y encender de nuevo la tea de amor en el corazón de vuestros adoradores; volvereis alegres y bulliciosas á dar vida á los teatros y saraos... ¿Pero y las flores? ¿Olvidaréis acaso los deliciosos ratos que pasásteis á su lado? ¿olvidaréis como hablaban en la soledad de los jardines, y como os valíais de su lenguaje representado por la forma y los colores para indicar el afecto ó indiferencia á este ó aquel amador? Creo que sí; me parece veros ya huir de la aldea temerosas de que pueda sorprenderos la aridez del invierno... ¿Pero porqué al volver en vez de apresuraros á coger la simpática pasionaria, la artemisa, el heliotrópo, el jazmin, la verónica, vara de oro, hermosilla, nicaragua y dondiego de noche, no cuidásteis de plantar la corona imperial, el

leucóyo y otras varias, y acodar las clavellinas? Porque no las necesitais hasta el próximo verano, y porque ya os regalaron sus galas en éste!

¡Hé aquí la condición humana! olvidar lo pasado, apreciar tan solo el presente, y no acordarse del porvenir.

EMILIO DE TAMARIT.

A Valencia.

SONETO.

Bello es tu cielo de záfiro y grana,
Que no enturbian los roncós aguilonés;
Bellos son y magníficos los dones
Con que amiga natura te engalana.

Si hermosa en tí es la noche, la mañana
Llena el alma de amor y de ilusiones;
Y mecida en brillantes sensaciones,
Mas leda corre la existencia humana.

Tu puro ambiente, tus eternas flores,
Tus bellas, ese Turia y tu alegría,
Fuérante escasos títulos de gloria,
¡Dulce patria! Tus timbres son mejores:
Ostentas como prez de mas valía
Tus artistas, tus héroes y tu historia.

M. M. FLAMANT.

El hermano y la hermana.

BOSQUEJO.

(Traducción libre.)

En esa carta, como en el cristal terso de un espejo, se reproduce á lo vivo el carácter de la jóven que la escribió. Débil, al par que vana, omnímodamente concentrada en el egoísmo de su individualidad, sin sentir mas que sus propias tristezas, ni una sola vez se le ocurrió á Carolina desde el fallecimiento de su padre, tratar de aliviar el peso que su hermano habia tomado sobre sí.

Mientras que Leopoldo se entregaba con tanta tenacidad al trabajo, y consumia su juventud en obsequio del amor fraternal, Carolina, presa de un continuo ensueño (valiéndonos de las espresiones de su carta), nada mas hacia que derramar estériles lágrimas, desentendiéndose absolutamente de todo detalle doméstico, de todas esas minuciosas cuanto agradables atenciones que hacen resplandecer el cariñoso afecto y gusto instintivo de una mujer, aunque sea en el interior de la mas pobre morada. Así es que el pobre jóven al regresar á su casa nada mas veia en ella que desórden y nuevos elementos de tristeza. Su comida, cara y de mala condición, se condimentaba en un bodegón inmediato: la portera de la casa limpiaba y arreglaba el interior de la vivienda, en la que á primera vista se echaba de ver que su jóven dueña no se dignaba fijar la menor atención; en una palabra, Carolina en su áltimo dolor habia puesto en total olvido la práctica de las ocupaciones domésticas; de aquellas ocupaciones que los griegos con su acostumbrada exactitud caracterizaban con el nombre de *pequeñas virtudes*, y que por un secreto encanto tienen la virtud de dar alguna serenidad á la frente mas sombría, y algun solaz al ánimo mas apesarado. Semejantes ocupaciones, que constituyen el verdadero prestigio y la gloria de toda mujer, aquellas atenciones, aquellos cuidados, que son el verdadero origen de la paz doméstica, y prenda segura de su prosperidad, hubieran debido ser para la hermana de Leopoldo el cumplimiento de un deber, una justa retribucion, digámoslo así, de gratitud; pero nadie habia hecho entender á la triste jóven semejantes verdades, y las delicadas observaciones que su hermano le hiciera sobre el particular, se habian miserablemente estrellado contra aquella altivez exasperada por la desgracia. En la ciudad que aquellos huérfanos habitaban no tenian ningun interesado; y al entrar en su nueva y penosa situacion, creyeron oportuno romper con to-

das las brillantes relaciones que su padre había tenido. Carolina por cuanto hay en el mundo no hubiera dejado transpirar el secreto de su miseria. Carecia, pues, la desventurada jóven de una persona ilustrada que le hiciera conocer por medio de sus consejos las graves faltas que cometia diariamente, y que sin sentirlo se encaminaban á promover en el ánimo de Leopoldo un abatimiento, un disgusto demasiado fundado por desgracia.

Dos años habian ya transcurrido desde la muerte del padre, cuando cierta tarde se presentó Leopoldo mas sombrío y disgustado que de costumbre. Carolina al notar la triste expresion de su rostro, le preguntó llena de admiracion: ¿Qué tienes, hermano mio?

Leopoldo evadió la contestacion; pero de allí á pocos momentos dijo secamente: —El señor Dupart me ha convidado á comer para el jueves: su intencion era ponerme en relaciones con un rico empresario, que acaso hubiera podido emplearme en alguna de sus hermosas especulaciones.

—Y tú has aceptado el convite?

—Aceptar! Pues qué puedo yo acaso presentarme en este traje? Tengo algun otro vestido de que disponer? Siquiera camisas... Yo avergonzaria al que me recibiera en su mesa!

—Y sin embargo, sería una ocasion magnífica....

—Ciertamente, si estuviera vestido con mayor decencia.... Quiéres convencerte por tus propios ojos del miserable estado de mi ropa?

Levántose bruscamente al decir esto, y seguido de su hermana pasó á la reducida estancia que hacia veces de guarda-ropa. Leopoldo abrió su cómoda y su armario, y arrojó sobre las sillas y sobre la cama los vestidos que en aquellos muebles estaban encerrados. Carolina no pudo menos de bajar su vista al suelo; pues no se escapó á su penetracion la amargura de aquella advertencia. Aquella ropa, que tanto dinero habia costado algunos años antes, se hallaba en la actualidad

en el estado mas miserable; ni señal presentaban ya de su primitiva elegancia aquellos trajes tan absolutamente descuidados....

—Ya lo yes! repitió Leopoldo.

Carolina salió del aposento sintiendo un nuevo peso sobre su corazon; mas sin embargo, aun estaba lejos de reprenderse á si misma de un modo positivo, porque aun no tenia conocimiento de los deberes que la mujer está llamada á cumplir. La infeliz pasó aquella noche en continuo desvelo repitiendo con amargura:—Pobre Leopoldo! sin porvenir! Ya no queda esperanza alguna ni para él, ni para mí!

Preocupada con estas ideas, en las que se presentaban confusamente mezclados los afectos del amor fraternal con las groseras impulsiones del egoismo mas tímido, no pudo gozar un momento de descanso, y los primeros rayos de la aurora la encontraron desvelada y llena de agitacion. Esto acaecia en el mes de mayo. La sonrosada claridad del sol naciente, atravesando las persianas, iluminaba el aposento, en tanto que en un jardin inmediato una alegre turba de pajarillos saludaba con festiva algazara el nuevo torrente de luz que rápidamente iba inundando ya todo el horizonte. La campana de la parroquia llamaba á los fieles á la plegaria de la alba. La desvelada jóven levantando su dolorida cabeza, dijo entre si misma: «Si yo fuese á oír esa misa á que están tocando ahora! Acaso el movimiento y la frescura de la mañana disiparian este ardor y pesadez de mis sienes. Por qué no he de ir? La hija del portero me acompañará.

(Continuará.)

Modas.

San Sebastian 2 de agosto.

Quando he visto en los periódicos, querida Alicia, que os encontrábais á 35 grados de

Reumur, he dado mil gracias á la Providencia que me ha traído por algunos dias á la fresca temperatura de estas Provincias, y á sus costas animadas y pintorescas.

Aquí no se conoce que el sol puede ser pesado y abrasador. El murmullo de la brisa fresca y salada, y la continua salmodia de las olas, se confunden con los gritos de alegría ó de susto de las que se bañan, y las risotadas burlonas de los espectadores. Diversidad de trajes hormiguean en la playa; desde la boina blanca ó encarnada del guipuzcuano hasta el sombrero encerado del marinero, desde la sencilla toquilla de la provinciana hasta el elegante sombrero de la madrileña: despues la música, los conciertos, los paseos, el baile, todo te llama, y todo esto compone una vida tan extraordinaria, tan nueva, tan dulce, tan atractiva, que me esplica fácilmente esa *furia* que arrastra á las orillas del mar á todo el que puede separarse del tumulto de las ciudades.

Pero lo que mas me encanta en esta vida tan nueva son las deliciosas horas de frescura, de calma y de soledad que puede una distraer al torbellino de la vida comun.

Cuando penetro en alguna senda sombría y contemplo con distraccion envidiosa los azulados techos de estas pacíficas casas de labor, que se dibujan en el horizonte, ó escucho con placer el sonido de las dulzainas de los pastores, y el tañido de las campanas de las iglesias, me olvido hasta de que existo, contando las olas que vienen á estrellarse á mis piés: y en medio de esta naturaleza graciosa é inspirada me dan tentaciones de aborrecer nuestra vida estéril y abrasadora, como se odia la triste realidad al despertar de un hermoso sueño.

—Vaya, me dirás, parece que de madrileña quieres convertirte en otra *batelera de Pasajes*.

—Nada perderia en ello ciertamente.

En estas provincias todo es patriarcal, puro y verdadero, así los corazones, como las costumbres y los trajes. No son estas na-

turales como las aldeanas de Segovia, que vemos en la Granja, que casi se avergüenzan de sus monteras de paño y de sus camisas altas y rizadas. Aquí cada cosa está en su lugar, y mas de una fisonomía picante conozco yo, que con su gracioso pañuelo en la cabeza, y su larga y tendida trenza, hacen perder el juicio á alguno de nuestros elegantes.

¶ Pero las forasteras no podemos conformarnos con esa sencillez, y á todas partes llevamos nuestras costumbres.

¶ El chaconá y la muselina estampados son todavía aquí las telas mas en auge: estos trajes se llevan con volantes, en mayor ó menor número. Se ven algunos vestidos blancos de cotonia de rayas menudas; la falda es lisa, el cuerpo con aldetas guarnecidas de una tira bordada á la inglesa ó al pasado, ó bien estas aldetas son festoneadas. Esta hechura es muy á propósito para una tela tupida, y que se sostiene naturalmente, sobre todo si la aldetas entalla bien, está bien cortada y hace un poco de punta por detrás, sin exageración, y solo lo necesario para dar la gracia conveniente.

¶ El mahon tambien se usa bastante. El vestido de aldetas: la falda guarnecida por delante con varios órdenes de terciopelo negro en forma de delantal: sobre uno de dos dedos de ancho se ponen otros dos mas estrechos, y así sucesivamente de alto á bajo. El cuerpo, mangas y aldetas están guarnecidas del mismo modo.

¶ No es esto decir que no se vean por la tarde en la playa elegantes vestidos de muselina blanca bordada y lisa, ó de bareges estampados, y graciosos sombreros con flores ó plumas, colocadas entre la gasa y la blouda; pero lo que no se puede olvidar son las manteletas ú otros abrigos, que los frecuentes cambios de temperatura y la humedad hacen necesarios.

LA BARONESA.